

La Chinampa del Espanto*

Fue muy triste la vida de tío Pedro, el dueño de la “Chinampa del Espanto”, pero su muerte fue más triste todavía.

Desde luego, recibir de herencia una “chinampa” con ese nombre, en Ixtacalco, era una maldición, tanto más cuanto que aquel nombre evocaba en todo el poblacho la historia de un “alma en pena” que era nada menos que la de la madre de Pedro, ahogada en las aguas del canal la noche de un 12 de diciembre... El médico aseguró que fue la muerte obra del pulque libado todo aquel día en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, pero los buenos habitantes de las “chinampas” próximas juzgaron el caso obra del demonio.

Desde aquella noche la “chinampa” del padre de tío Pedro se llamó del “Espanto”, pues el “ánima” de la mujer vagaba por las aguas en una chalupa invisible, en solicitud de “cristianos” que rezaran por ella.

Entonces se hizo el vacío en torno de la familia, y el viejo murió dejando a su hijo Pedro la funesta herencia.

¿Qué hacer?... ¿Dejarla abandonada?... ¿Quién lo ayudaría a trabajar, quién podría ser tan osado?... Un silencio de muerte rodeaba a la familia de tío Pedro...

Acudió a la ayuda de la Virgen; le ofrendó el producto de sus mejores coles y lechugas cada día 12, yendo en piadosa peregrinación a la Villa; trabajó él solo, y él solo en las

** Heriberto Frías, *Antic Novel*, “La Chinampa del Espanto”, *El Imparcial*, t. XIX, núm. 3204 (9 de julio de 1905): 6.

mañanas, después de llenar de rábanos y coliflores su canoa, remaba hacia Jamaica para vender las legumbres, dejando a los tres niños en el “jacal” paterno.

Aunque era muy pobre, formó un plan ambicioso: los “hombrecitos” serían “padres”, para que rezaran todo el día y toda la noche por el alma de la abuela, y a la niña la haría entrar a un colegio de la Villa para que fuera “madrecita” y también, por su parte, rezara y rezara hasta “sacar” la triste ánima del Purgatorio...

Y todos vieron en Ixtacalco trabajar a tío Pedro de día y de noche, como un condenado, sin que jamás tomase “una medida” de pulque con nadie, ni cantara ni se emborrachase nunca, ni en la Semana Santa ni en las fiestas más sonadas; siempre taciturno, siempre trabajando...

Lo creyeron santo o poco menos, pero precisamente por eso más le huyeron, pues más aumentó el tétrico prestigio de su “chinampa”... ¡Tío Pedro hablaba todas las noches con “el Espanto”!...

* * *

De suerte que nadie se atrevía a estar con él. El cura, no obstante, lo quería, y logró recomendar a sus hijos para que entraran a cierto colegio de la Villa, uno de jardinero, otro de “mozo”, y a la niña como “criada”.

Tío Pedro quedó entonces más solo y más triste que nunca. No veía a sus hijos sino de lejos y cada dos o tres meses... Progresaban, iban creciendo, creciendo; y, con

pasmo cada vez mayor, él los iba contemplando muy vestiditos de negro, como los mismos hijos de los “patrones decentes”...

Así pasaron 10 años. Y un día que quiso hablarles, después de meses de no haberlos visto, supo que ya no existía el colegio y que los jóvenes, por un lado, la “señorita” por otro, habían desaparecido de la Ciudad de México, como tragados por un océano...

Y como el cura murió, y como le tenían miedo en todos los pueblos, por loco o por santo, el desdichado tío Pedro no pudo jamás saber de sus hijos...

¿Se convirtieron, como él anhelaba, en sacerdotes que rezaran hora tras hora por el alma de la abuela, por el ánima en pena de la ahogada una noche del 12 de diciembre en las aguas del canal?...

¿O educados en las comodidades y el ambiente de la ciudad, ignorantes, al fin, de su origen y del voto de su padre que los consagraba a la tristeza, se perdieron, unos y otra, en el remolino de la vida social?...

¿Hubo alguna alma caritativa que contase por piedad al pobre Pedro la consoladora mentira de que sus hijos vivían orando, orando por el “ánima” y por él?...

Y sucedió que precisamente la noche de otro 12 de diciembre, al llegar taciturno a su jacal, después de volver de la Villa, oyó lejanas y melancólicas canciones, gritos de

“compadres” alegres, sones de guitarras y arpas... ¡La fiesta de Nuestra Señora!

Y en el pueblo se vio aquella noche que el tío Pedro entraba a la tienda y pedía una copa, y luego otra, y después otra...

Al día siguiente encontraron su cadáver bajo las sucias aguas del canal, en el bordo de la “Chinampa del Espanto”, agarradas espantosamente las manos a las raíces de un recto y alto sauce, que por lo triste parecía un ciprés...

Antic Novel